

AMOR ^y SUERTE

∞ JENNA EVANS WELCH ∞

CROSS
BOOKS

Diseño de portada: © 2018 por Karina Granda
Ilustración de portada: © 2018 Karina Granda
Fotografía del autor: © 2016 por Maggie Herbst / Echo Photography

Título original: *Love & Luck*

© 2018, Jenna Evans Welch

Traducido por: Ariadna Molinari Tato

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5671-9

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5672-6

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para Nora Jane, dueña de dos pies osados y una
sonrisa con un único hoyuelo que iluminó mi oscuridad
durante más de un año. Este es para ti, corazón.*

A ti, que tienes el corazón roto:

¿Qué ves cuando te imaginas viajando por Irlanda? ¿Canciones que te desgarran la voz en fiestas de algún pub oscuro y ruidoso? ¿Castillos mohosos? ¿Campos de tréboles de cuatro hojas y tus pies descalzos a toda velocidad sobre ellos? O tal vez aquella canción de Johnny Cash: «verde, verde, cuarenta tonos de verde».

Sin importar lo que hayas imaginado, querida amiga enferma de amor, puedo decirte con toda seguridad que estás equivocada. No quiero decir que no terminarás cantando una emotiva versión de «All Me Grog» en una pequeña taberna de Dublín o que no pasarás buena parte de tus tardes caminando por castillos anegados. Lo que digo es que este viaje tuyo será, sin duda alguna, mejor de lo que imaginaste. ¿No me crees? Espera a estar parada en la orilla de los acantilados de Moher, que el viento atrape tu cabello en una sola trenza mientras tu corazón late como tambor. Entonces hablamos.

Sé que te sientes frágil, tórtola, así que déjame explicártelo todo. Estás a punto de enamorarte locamente de un lugar que no sólo te va a arreglar ese corazoncito, sino que te retará de todas las formas concebibles. Es hora de abrir tu maleta, tu mente y, sobre todo, esta guía, porque no sólo soy una experta insufrible en todo lo que tiene que ver con Irlanda, soy también una experta insufrible en el desamor. Considérame una guía dos en uno. Y no finjas que no me necesitas. Las dos sa-

bemos que hay miles de guías de viaje de Irlanda y tú abriste esta.

Viniste al lugar correcto, corazón. La isla Esmeralda podrá no ser el único lugar para reparar un corazón roto, pero es el mejor.

Confía en mí.

P. D. Hace poco, durante una tarde particularmente vibrante en el condado Clare, en Irlanda, conté cuarenta y siete tonos de verde. Así que, toma esa, Johnny.

—Introducción a *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

PRÓLOGO

EL PEOR VERANO DE LA VIDA

Ese es el pensamiento con el que fui al otro lado. No fue «estoy cayendo». No fue «acabo de empujar a mi hermano por los acantilados de Moher». Ni siquiera fue «mi tía me va a matar por arruinar su día especial». Sólo: «el peor verano de la vida».

Podría decirse que mis prioridades no estaban del todo claras. Y ahí, al fondo del risco, tampoco lo estaba yo.

Cuando por fin dejé de rodar, mi vestido de diseñador y yo habíamos cruzado por lo menos diez charcos y estábamos encima de algo que sin duda había salido de una vaca. Pero los desechos del ganado no eran lo peor del asunto. En algún punto del camino me golpeé con algo —algo duro—, y mis pulmones intentaban con desesperación recordar lo que tenían que hacer. «Inhalen», les supliqué. «Sólo inhalen».

Por fin pude respirar. Cerré los ojos y me obligué a hacer una pausa e inhalar y exhalar contando hasta cinco, como hago siempre que pierdo el aliento. Me pasa con más frecuencia que a la gente común.

Tengo lo que mi entrenador de futbol llama el *factor de agresión*. Eso significa que, siempre que llegamos a una escuela en la que las jugadoras parecen Atila el Huno con cola de caballo, sé que jugaré el partido completo. Que me saquen el aire es una de mis especialidades. La cosa es que, cuando me pasa, tengo puestos tacos de futbol y una camiseta; no lápiz labial y tacones de diseñador.

«¿Dónde está Ian?». Rodé hacia un costado en busca de mi hermano. Como yo, estaba bocarriba, con el saco azul marino desgarrado, la cabeza apuntando colina abajo, hacia los turibuses en el estacionamiento. Pero, contrario a mí, no se movía.

No se movía nada.

«No». Me levanté como con resortes; el pánico envolvía mi visión. Mis tacones se atoraron en el dobladillo de mi vestido, y batallé para desenredarme. Imágenes del cursi video de primeros auxilios de la clase de salud centelleaban en mi cabeza. ¿Comenzaba con respiración boca a boca? ¿Con compresiones en el pecho? ¿Por qué no puse atención en clase?

Estaba a punto de abalanzarme sobre él cuando sus ojos se abrieron de pronto.

—¿Ian? —susurré.

—Guau —dijo con voz pesada, entrecerrando los ojos, que miraban hacia las nubes, mientras sacudía un brazo y después el otro.

Me desplomé sobre un montículo elevado; las lágrimas me inundaban los ojos. Podía haber empujado a mi hermano por un risco, pero no lo había matado. Eso debía valer algo.

—Seguimos avanzando; vean hacia acá —dijo una voz británica que estaba demasiado cerca. Me paralicé—. Hag's

Head está un poco más allá. Oh, y miren: hay una boda allá arriba. ¿Ven a la hermosa novia? Y... ay, Dios. Creo que perdió a una dama de honor, una pequeña dama color lila. Hola, hola, pequeña dama lila. ¿Estás bien? Parece que te caíste.

Me sacudí. Mi cuerpo se tensó, listo para descargar su furia sobre quien fuera que me acabara de llamar «pequeña dama lila», pero lo que vi me hizo desear haber sido aún más pequeña. Ian y yo no sólo habíamos aterrizado mucho más cerca de la calle de lo que hubiera pensado, sino que una guía de turistas con un poncho color cereza y un sombrero de ala ancha paseaba junto a nosotros a un grupo de turistas embelesados. Pero ninguno de ellos miraba el increíble paisaje o a la bella novia, que resultaba ser mi tía Mel. Me veían a *mí*. Las treinta personas me veían a mí.

Era como si nunca hubieran visto una pelea a puñetazos durante una boda.

«Contrólate».

Me enderecé y estiré mi falda.

—Sólo un tropezón —dije con fingida alegría.

Uy. *Tropezón* no era una palabra normal en mi vocabulario. ¿Y de quién era esa voz robótica que salía de mi boca?

La guía de turistas me apuntó con su sombrilla.

—¿De verdad acabas de caer por ese cerro enorme?

—Eso parece —dije, otra vez con voz alegre, aunque lo que en realidad quería decir burbujeaba bajo la superficie: «No, sólo vine a tomar una siesta en un vestido tapizado de estiércol». Giré la mirada hacia Ian. Parecía estarse haciendo el muerto. Conveniente.

—¿Segura que estás bien?

Esta vez le infundí a mi voz una fuerte dosis de *váyanse ya*.

—Segura.

Funcionó. La guía me hizo una mueca por un segundo y después alzó su sombrilla y le cacareó al grupo, el cual avanzó a regañadientes como un enorme ciempiés con un solo cerebro. Por lo menos eso se había terminado.

—Podías haberme ayudado con los turistas —le dije al bulto inmóvil que era Ian.

No respondió. Típico. En estos días, salvo que fuera para presionarme para que les dijéramos a nuestros papás lo que había pasado ese verano, apenas si me volteaba a ver. No lo culpaba. Yo apenas podía mirarme al espejo y, en primer lugar, yo era quien había echado a perder las cosas.

Una gota de lluvia me salpicó sobre la piel. Luego otra. «¿En serio? ¿Ahorita?». Le lancé una mirada de reproche al cielo y puse el codo cerca de mi cara, para cubrirme la cabeza con el brazo mientras estudiaba mis opciones. Además de buscar refugio en las tiendas de *souvenirs* construidas en las colinas como guaridas de hobbits, mi única opción era caminar de vuelta hacia el cortejo de la boda, el cual incluía a mi madre, cuya ira ya barría toda la campiña. No había poder humano que me hiciera ponerme en la línea de fuego antes de que fuera necesario.

Escuché las olas estrellarse con violencia contra los acantilados. El viento acarreaba pedazos de voces desde la cima de la colina, como el confeti que habíamos lanzado unos minutos antes:

—¿Viste eso?

—¿Qué pasó?

—¿Están bien?

—¡No estoy bien! —grité; el viento se devoró mis palabras.

Llevaba exactamente una semana y tres días sin estar bien, desde que Cubby Jones —el chico con el que había estado escapándome todo el verano, el chico de quien había estado enamorada toda mi adolescencia— decidió triturar mi corazón y espolvorearlo sobre el equipo de fútbol. El equipo de fútbol de Ian. Con razón no soporta verme.

Así que, no, por supuesto que no estaba bien. Y no iba a estarlo en mucho, mucho tiempo.

Tal vez nunca.

The Wild Atlantic Way

Yo otra vez, corazón. Estoy aquí para darte un tip de lo más importante mientras estás en la etapa de planeación de tu viaje. Lee con cuidado, porque esta es una de las pocas reglas estrictas que vas a encontrar en todo este libro. ¿Estás oyendo? *Aquí va: en tu primera visita a Irlanda, bajo ninguna circunstancia comiences tu viaje en la capital, Dublín.*

Sé que suena agresivo. Sé que hay una superoferta a Dublín en esa página de viajes que has vigilado como buitres toda la semana. Pero escúchame. Hay varias razones para hacerle caso a mi consejo, de las cuales la principal es:

Dublín es *infernamente seductora*.

Sé lo que vas a decir ahora, cariño. Me dirás que el infierno no es muy seductor, a lo que yo te contestaré que es un excelente lugar para conocer personas interesantes. ¿Y esos lagos de fuego? Son perfectos para remojar el estrés.

Pero no nos desviemos del tema.

Las cosas como son: Dublín es una aspiradora, y tú eres el par de tus aretes largos favoritos, el que no encuentras desde Año Nuevo. Si te acercas demasiado a esa ciudad, te va a jalar y no tendrás esperanza de sobrevivir. ¿Sueno demasiado dramática? Bien. ¿Usé demasiadas metáforas? Excelente. Porque Dublín es dramática y digna del exceso de metáforas. Está llena de museos interesantes y estatuas con apodosos hilarantemente inapropiados y pubs que escupen fragmentos de la

mejor música del mundo. A donde sea que vayas, verás cosas que quieres hacer, ver y probar.

Y ese es el problema.

Muchos viajeros bienintencionados han puesto pie en Dublín con planes de pasar uno o dos días casuales ahí antes de darle su atención al resto de Irlanda. Y esos muchos viajeros bienintencionados se han encontrado, una semana después, en su centésima vuelta por el Temple Bar, con dos globos de nieve con figurines de duendes y una bolsa con camisetas demasiado costosas como únicas evidencias de su viaje.

Es el cuento más viejo del mundo.

Mi firme recomendación (¿imposición?) es que comiences por el oeste, en particular por The Wild Atlantic Way. Para ser más específica, el Burren y los acantilados de Moher. Hablaremos de ellos ahora.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: ¡Sorpresa! Mientras atravesamos esta isla salvaje, estaré asignándote pequeñas actividades diseñadas para que interactúes con Irlanda y salgas paso a paso de debajo del aplastante y doloroso mal de amores que llevas contigo. ¿La primera tarea? Sigue leyendo. Sí, en serio: sigue leyendo.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición